SIEMPRE ES TIEMPO

Tiempo de comenzar

Siempre es tiempo, decía Teresa de Jesús.

Tiempo de abrir una página nueva, de aprender, de compartir. Siempre es tiempo de buscar, de recibir, de esperar. Tiempo de crear, de confiar, de elegir…

Me ofrecen hablar sobre temas de vida contemplativa y, mientras despedía a Jorge, un trabajador rumano que, con grandes dificultades, lucha por salir adelante, pensaba: ¿nuestros temas? ¿cuáles son nuestros temas?... pues las gentes y Jesús, o Dios y el mundo o la humanidad y el Espíritu. ¿Qué otra cosa puede interesarnos, causarnos alegría o preocupación?

Sabemos que Jesús se preocupó por Dios y por los demás. Que vivió desde el Dios de sus entrañas, transparentándolo. Hacer presente su inagotable bondad y amor a través de la fraternidad, la paz, la liberación, parece haber sido su pasión y lo que le llevó a la Pasión: su coherencia al practicar la misericordia hasta el límite. Parece que para Jesús siempre era tiempo, nunca era tarde ni a deshora. Para la misericordia siempre es tiempo, dice la vida de Jesús.

Avisó a sus discípulos de que iban a tener luchas en el mundo, pero les dejó también la clave para poder vivir: «sabed que yo estoy con vosotros». Teresa de Jesús avisaba a sus hermanas de que ante las dificultades que a veces cercan la vida, no echaran a los tiempos la culpa, porque «para hacer mercedes Dios… siempre es tiempo». Para Él siempre es tiempo de estar con nosotros, alcanzándonos con su misericordia. Siempre, quizás el adverbio más divino: en todo, en cualquier tiempo.

Ojalá descubramos con Él que es nuestro tiempo. Tiempo de gratuidad, de dar gratis lo que gratis recibimos y de permanecer. Tiempo de romper con los sábados que siguen existiendo, de salir de «lo nuestro» para «hacer el bien, salvar una vida», como dice Jesús.

La mies es mucha… la crisis es grande. Es tiempo de que se muevan las entrañas y de que ayudemos a removerlas. Es tiempo de entender aquello de «quiero misericordia y no sacrificios», porque sin misericordia no se abre lo humano ni se intuye lo divino.

Con esto podemos echar a andar y hacerlo con confianza. Siempre es tiempo de comenzar, también lo dijo Teresa: «ahora comenzamos y procuren ir comenzando siempre de bien en mejor».

SIEMPRE ES TIEMPO 2

Tiempo de polkas

Podía haber titulado esta página *Tiempo de Encarnación*, pero la memoria de Josef Strauss y la de mis sueños, se han impuesto.

Se cuenta que J. Strauss compuso una polka llamada *La emancipada* con motivo de un suceso extraordinario: que una mujer fuera directora de orquesta. Se trataba de Marie Gruner, y era 1860. Fue un caso aislado, todavía faltaba bastante tiempo para que este camino se abriera, y muy lentamente, para las mujeres.

Por otro lado, la Encarnación habla de comunicación. El obrar de Dios a lo largo de la historia, decía Rahner, no es un monólogo, sino un largo y dramático diálogo entre Él y la criatura. Para nosotros, Dios se hace definitivamente diálogo en Jesús, y nos invita a entrar en él.

Las grandes verdades piden ser vividas, atravesar nuestra existencia dándole entrañas y forma. La Encarnación crea una lógica vital de fraternidad, debe generar un entramado de relaciones de transparencia e igualdad, debe encaminarnos en esa dirección.

Muchas monjas contemplativas estamos federadas. Hasta ahora, unas habían elegido tener Asistente Religioso y otras no. Sin embargo, no hace mucho, hemos recibido un Decreto de Roma, por el cual se nos impone tener uno. Varón y presbítero, por supuesto.

Me pareció que se rompía la lógica de la fraternidad, porque esta no puede existir sin diálogo. Y recordé unas palabras de Joan Chittister: «le hablé (al Card. Pironio) de nuestra frustración por tantos documentos como definen la vida de las mujeres, pero nunca demandan nuestra participación en ellos ni nuestra respuesta».

Santa Clara dice en su Regla que las cosas del bien común deben tratarse entre todas y añade que «muchas veces revela el Señor a la menor lo que es mejor». Otras mujeres carismáticas, y a la vez legisladoras, (¿directoras de orquesta?) han dicho algo parecido. Y no se trata de *cosas de ellas*: mucho antes, el papa san León ya había dicho que cuando un asunto afecta a todos... hay que tratarlo entre todos los afectados.

Sueño una iglesia sinfónica, con directores y directoras de orquesta. Sueño, porque siempre es tiempo de marcar un nuevo ritmo fraterno con partituras de evangelio. Sueño un tiempo de polkas.

SIEMPRE ES TIEMPO 3

Tiempo de permanecer

Desde la ventana de mi habitación se ven tres franjas: una verde con campos de naranjos, otra de mil colores en movimiento con fábricas, casas y calles y, por fin, una azul con el mar en el horizonte. Pienso muchas veces que lo veo *todo*: la tierra, las gentes y el misterio, y que puedo guardarlo en el corazón y en el silencio.

Desde hace unos tres años, veo algo más. Vi cómo reformaban un viejo hotelito y empezaba a cobrar vida… fueron apareciendo letreros luminosos y carteles por todas partes: *precios de amor*. Era un nuevo club de chicas. Tanto da que se llame Brasilia, París o Bangkok. Todos sabemos qué es.

Al atardecer, se encienden sus letreros. De madrugada, se apagan. Día tras día, 365 días al año.

Cifras a la baja nos dicen que, solo en nuestro país, más de 40.000 mujeres y niñas son víctimas de la trata cada año. Es decir, son traídas con engaño y sometidas a explotación sexual. Después se les puede llamar *trabajadoras,* y el dueño de uno de los mayores burdeles de Europa, que se encuentra en nuestras fronteras, puede decir que saben a lo que vienen. Pero, en realidad, detrás de estos *trabajos* hay mafias y mucho dinero, hay engaño y, sobre todo, un sufrimiento inconmensurable.

Una de las cosas que siempre me ha causado más dolor y desconcierto al enfrentarme al misterio del mal es su persistencia. Es como un tentetieso: 365 días al año, como los letreros luminosos del club. No tiene vacaciones, no hay festivos para él.

Mirando por la ventana, recuerdo las palabras de Isaías: *Por amor de Sión no callaré… no descansaré, hasta que rompa la aurora de su justicia... los que invocáis al Señor no os deis descanso, no le deis descanso*. Por amor de ellas, como el que tuvo Jesús por todas aquellas mujeres *presas* de la injusticia, sea de leyes de pureza, viejas o nuevas, sea de proxenetas, no quiero descansar. Quiero permanecer.

Las chicas de este club son solo una partecita de un reguero de dolor con rostro de mujer. Es tiempo de estar donde el mundo sangra, con un amor que busca la justicia y una bondad que acoge y sana. Permanecer contigo, Señor, para, como decía Etty Hillesum, *colaborar a que resucites en los corazones atormentados y desgarrados*.

SIEMPRE ES TIEMPO 4

Tiempo de moverse

Creer es un verbo de movimiento, aunque nuestras gramáticas lo ignoren. La Pascua, tiempo de fe, lo muestra muy bien.

Se puede sentir el movimiento en los evangelios de la Resurrección. Las mujeres que habían acompañado a Jesús salen a buscarle, María Magdalena corre, Pedro también, Juan se adelanta… hasta la piedra del sepulcro se mueve.

Y Tomás, que no corrió, que estaba ausente y después perdido, acabó por recordarnos otro movimiento de la fe: el de acercarse a las heridas, meter la mano en los costados abiertos que nos rodean, para reconocer al Resucitado, que es el Crucificado, en todos los sufrientes.

No es prisa, eso tan nuestro, ni ansiedad. Es otra cosa, algo que empuja desde muy adentro. Es vida que quiere tocarlo todo y ofrecer un cambio, una posibilidad nueva. Es la vida del Viviente que se abre paso. Por eso, María Magdalena es capaz de esperar y de insistir, de ir y de volver. Por eso reconoce a Jesús.

Para María, Pedro, Tomás, los discípulos de Emaús o los Once, la forma de reconocer a Jesús es diferente. La intuición del misterio, la mirada que descubre que la muerte no tiene la última palabra en ninguna situación, se abre de distintas maneras, pero mueve a todos.

En un librito tan sencillo como delicioso –*A corazón abierto*–, Elie Wiesel, aquel judío superviviente del horror nazi y Nobel de la Paz, escribe unas palabras que tienen un profundo aliento pascual: invitan a creer, a moverse:

Sé que, incluso en las tinieblas, resulta posible crear la luz y nutrir de compasión los sueños. Que uno puede pensarse libre y libertador en el interior de las prisiones. Que, hasta en el exilio, la amistad existe y puede llegar a ser un ancla.

Sé que toda búsqueda implica al otro, igual que toda palabra puede convertirse en oración. Si la vida no es una celebración, ¿para qué acordarse de ella? Si la vida –la mía o la de mi prójimo– no es una ofrenda al otro, ¿qué hacemos en esta tierra?

Deshacer oscuridades y tejer libertad, nutrir de compasión y amistad la vida. Celebrarla y ofrecerla de verdad, orar… ¿no es todo eso movimiento de Resurrección? ¿No querría decir algo de esto Marcos, al terminar su evangelio, cuando escribía: *ellos salieron a predicar por todas partes*?

SIEMPRE ES TIEMPO 5

Tiempo de reliquias

Vivimos tiempos difíciles. No sé si alguna vez fueron fáciles, aunque intuyo que no. El nuestro tiene la paradoja de aparecer como detenido en la innovación. Todo cambia y se sustituye rápidamente, mientras la crisis que vivimos parece un fin de trayecto.

De este contrasentido puede venir una inseguridad que lleva a querer mantener lo propio a toda costa o a aferrarse a reliquias de cualquier tipo. Por eso, en nuestra sociedad resulta doblemente precioso cada gesto que abre paso, que suelta lastre, que regala esperanza y ¡hay tantos! Intuiciones e iniciativas compartidas, acciones pequeñas en cadena… tenemos ahí una llamada.

Cuando Isaías y Miqueas hablaban de forjar de las espadas arados y de las lanzas hoces –que es algo tan extraño como decir que la Congregación para la Doctrina de la fe se convierta en el Dicasterio de las Bienaventuranzas o que un banco se convierta en inmobiliaria social–, pensaban que no sería un golpe violento ni la fuerza lo que cambiaría las cosas, sino la fascinación que el pueblo de Dios era capaz de ejercer.

Ambos entendían que todas las naciones acudirían a beber de las fuentes de la sabiduría de Dios, al ver cómo ese pueblo vivía en la paz verdadera, aportando una alternativa real para vivir.

Schillebeeckx decía que «la única reliquia auténtica de Jesús es la comunidad viva… que vive en su seguimiento, es decir, en memoria de su vida y su muerte, respondiendo como Él, a las nuevas situaciones a partir de una interna vivencia de Dios».

Una reliquia así: una comunidad con entrañas, que sabe de perdón y acogida, de desprendimiento. Accesible, sin bisutería añadida. Tocada por Dios, a quien mira para saber cómo y a dónde mirar, para saber qué hacer.

Si Jesús decía que nos reconocerían como discípulos suyos por el amor que nos tenemos unos a otros, ese parece ser el camino para seguir fascinando y atrayendo a las fuentes de la vida. Acaso falte, por duro que suene, recordar al provocativo Camus cuando decía que hay algo peor que el odio: el amor abstracto.

No es tiempo de guardarse, ni de andar por las ramas. Tremendo regalo, hermosa responsabilidad: cada pequeña comunidad tenemos un tesoro en el barro. Es tiempo de reliquias auténticas.

Tiempo de exámenes

El tiempo de los exámenes no acaba nunca. No acaba porque para vivir de verdad es imprescindible seguir aprendiendo y hay lecciones que nos cuestan la vida entera.

De nuestro Maestro sabemos que examina y conoce los secretos del corazón, que se ha ganado el respeto a base de perdón y que su poder se ve en la misericordia que derrocha. Por eso, Teresa de Jesús se animó a decir aquello de: *pruébanos tú, Señor, que sabes las verdades.*

El Maestro enseña preguntando: *¿pueden ayunar los amigos del novio mientras el novio está con ellos?* Era una lección de alegría. *¿Cómo es que ves la paja en el ojo de tu hermano y no adviertes la viga en el tuyo?* Y no era una clase de arquitectura.

Hay temas que le encantan. Tiene una clase magistral sobre la confianza, pero en ella habla de pájaros y lirios, y dice: *observadlos*. Otras veces, enseña con retahílas: *amad, haced bien, bendecid… a los que no os aman, ni os hacen bien ni os bendicen*.

Otras asignaturas resultan más difíciles porque conjugan la economía aplicada con la óptica. Por ejemplo, el Maestro es el único que ve a una viuda que echa dos monedas. Hace balance y le sale que su dinero tiene más valor que el de los ricos. Y otras cosas así, que no se ven a la primera.

Entusiasma cuando se pone él mismo de ejemplo: *aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*. Y resulta impresionante cuando da avisos: *procurad que vuestros corazones no se emboten… velad y orad en todo tiempo*.

Siempre hay buenos compañeros que saben lo del poeta: que *no es lo que importa llegar solo ni pronto, sino llegar con todos y a tiempo*. Y por eso, aunque hay libro de texto y bien gordo, uno que se llamaba Pablo, y era muy avispado, dijo que el tomo se resumía en tres palabras: fe, amor y esperanza, y aún apuró: *la que más importa es el amor*.

Y otro que se llamaba Juan de la Cruz, doctorado y todo, pasó la pregunta y la respuesta del examen: *A la tarde te examinarán en el amor. Aprende a amar a Dios como quiere ser amado y deja tu condición*. Después, viendo que con todo en la mano no acertábamos, preguntó: *¿qué hacéis? ¿en qué os entretenéis?* Porque, como él mismo decía, *el fin de todo es el amor*. Y ahí nos jugamos la asignatura de la vida.

Tiempo de wu-wei

El Tao es una experiencia muy amplia inscrita en el Extremo Oriente. Wu-wei podría resumir, de alguna manera, su mística. La «no-acción», algo muy distinto de la inacción, más parecido a la suavidad del agua que parte una roca y a la renuncia que resuelve lo insoluble, ligado a la comprensión de que «lo más blando o débil del mundo vence a lo más duro».

Quizás no esté muy lejos de nuestra experiencia cristiana y nos ayude a refrescar algo que también necesitamos hoy. Un hacer distinto, o el «ocio» de que habla Juan de la Cruz, que es un aprender a «dejarse en Dios», a gustar «la ociosidad de la paz y el silencio espiritual».

Un activo no-hacer, la atención amorosa, como él mismo dice: «aprenda a estarse con advertencia amorosa en Dios… aunque le parezca que no hace nada». Hacer no haciendo y permanecer «recibiendo lo que Dios obra». No entorpeciendo.

Estar disponibles para recibir –y recibir es quizás la cosa que más nos cuesta, trastoca y transforma. Insistir en la atención amorosa en cualquier circunstancia. De modo que, como dice W. Jäger, podamos tener un desierto interior dondequiera y con quien quiera que estemos.

Juan avisa del miedo que puede dar adentrarse en este camino de abandono confiado: «como ellos no saben el misterio de aquesta novedad, dales imaginación que es estarse ociosos y no haciendo nada». Y, sin embargo, resistirse es «dejar lo más por lo menos» y perderse lo mejor que regala la vida.

Rebelarse únicamente al sufrimiento inocente. Algo que se hace inevitable en el camino, porque en él, dice Juan, se aprende a mirar «las cosas con ojos tan diferentes que antes, como difiere el espíritu del sentido y lo divino de lo humano» y «el amor nunca está ocioso». Cambia la mirada y el corazón que, poco a poco, «se hace manso para con Dios y para consigo y también para con el prójimo».

Wu-wei, un cambio profundo en el ritmo, «no obrar y nada dejar de hacer». No interrumpir el movimiento, habituarnos a la Presencia invisible que fluye, con una familiaridad que simplifica lo cotidiano y transforma la vida, hasta «hacerse semejante al Amado» que, desde su abandono y debilidad, ablanda lo rígido, abre lo cerrado y renueva todo.

Tiempo de levante

Contaba Ramón Menéndez Pidal en un entrañable escrito –*Los noventa años*– la leyenda de que Matusalén, considerando permanentemente la caducidad de la vida, no quiso gastar tiempo en edificarse una casa, y solo levantó una pared que le resguardaba de vientos y fríos. Y reconocía que a él, en el último tramo de su vida, le pasaba algo parecido. Por ello, escribía: «vivo, en suma, como de levante, en forma provisional, deseando concentrar todo el cuidado en solo la esencialidad de la obra».

Lo explicaba con una suavidad que invita a pensar la bondad y la importancia de ese «vivir de levante», como sin haber fijado del todo el propio domicilio, preparado para hacer un viaje próximamente. Invitando también al cultivo de aquello que permite vivir con esa actitud profunda.

Y recordaba, además, que no es la edad lo que importa para mantener la actividad creadora. Puede que una época aporte la fuerza y el entusiasmo y otra el cuidado, que una padezca la precipitación y la otra regale la lucidez y la palabra depurada.

Vivir de levante es estar preparado, como pedía Jesús, para cambiar la propia posición. La vida es un desafío ordinario, no sabemos a qué hora nos quiere despertar el Espíritu y, a menudo, lo hace a destiempo. Vivir de levante es no perder la capacidad de crear, es tener la fuerza para salir de cualquier punto en el que estemos afincados, para renunciar a la inmovilidad.

En la vida compartida, será siempre un reto evangélico armonizar los polos sin hacerlos neutros, porque necesaria es la vitalidad y necesaria la penetración. Ambas cosas parecen imprescindibles para vivir la provisionalidad cristiana, para salir de donde podamos estar retenidos, para soltar cualquier presente con el que estemos haciendo conserva.

Teresa de Jesús animaba a poner los ojos en Cristo para «pasar adelante», para no quedar atados ni por nosotros mismos ni por lo demás. Pasar adelante, vivir de levante, poder decir: «Maestro, te seguiré adondequiera que vayas».

Jesús afirmaba que no tenía donde reclinar la cabeza, como si supiera algo sobre la provisionalidad y le pareciera importante. Como invitando a lo que recordaba Menéndez Pidal: concentrar todo el cuidado solo en lo esencial.

Tiempo de sumar

«Un hombre que cultiva su jardín, como quería Voltaire.
El que agradece que en la tierra haya música.
El que descubre con placer una etimología.
Dos empleados que en un café del Sur juegan un silencioso ajedrez.
El ceramista que premedita un color y una forma.
El tipógrafo que compone bien esta página, que tal vez no le agrada.
Una mujer y un hombre que leen los tercetos finales de cierto canto.
El que acaricia a un animal dormido.
El que justifica o quiere justificar un mal que le han hecho.
El que agradece que en la tierra haya Stevenson.
El que prefiere que los otros tengan razón.
Esas personas, que se ignoran, están salvando el mundo».

Mientras leía este precioso poema de Borges, recordé unas palabras de Edith Stein que siempre me han impresionado:

«La corriente vivificante de la vida mística permanece, en gran parte, invisible. Seguramente los acontecimientos decisivos de la historia del mundo fueron esencialmente influenciados por almas sobre las cuales nada dicen los libros de historia. Y cuáles sean las almas, a las que hemos de agradecer los acontecimientos decisivos de nuestra vida personal, es algo que solo experimentaremos en el día en que todo lo oculto será revelado».

Una marea de gestos auténticos nos ha precedido. Al retirarse las aguas, sedimentados, nos han dado la playa en que vivimos. Compartimos la arena de la vida creyentes y no creyentes, y se la debemos a todos aquellos que, con distintos credos, han hecho posible nuestro presente, en su misterio y en su finitud, ambos necesarios.

Una corriente invisible traspasa la vida, hombres y mujeres, infinitos oficios y vidas que, haciendo lo que tienen que hacer, sostienen el mundo y crean vida.

Saber dónde estamos y hacer bien lo que hacemos, vivir lo que somos y estar de cuerpo entero en lo cotidiano. Eso es responder a la llamada profunda de la vida, donde el Espíritu sopla y se deja oír. Eso es sumar líneas al poema de Borges, a la corriente que Edith percibía.

Sumar, algo tan necesario en tiempos precarios. Dejar un gesto, que puede ser la vida, la suma de muchos instantes formando una escollera que haga de cimiento, de resguardo del oleaje y de brazo que impulsa mar adentro.

A tiempo

Estamos a tiempo. No es tarde.

Estamos a tiempo. No es tarde para acercarse al hogar y dejarse abrigar. Ahora es tiempo de tomar lo que nos da este Señor, pues quiere amistades —decía Teresa de Jesús. Llegamos a tiempo para la amistad.

Y no es tarde para vivir la hora que sentimos, para cuidar la tierra y hacer de la vida un himno cotidiano que se renueve cada día. Lo afirmaba el poeta Salinas. Así que llegamos a tiempo para cantar.

Estamos a tiempo. No es tarde para proponer cosas posibles. Como declaraba José Saramago, cuando le preguntaron si era partidario de legalizar las drogas y respondió que primero legalizaría el pan, clandestino para gran parte de la humanidad. Llegamos a tiempo para compartir y legalizar la fraternidad.

Y no es tarde para sembrar alegría allá donde estemos. Requiere más coraje la alegría que la pena, proclamaba E. Galeano. Llegamos a tiempo de ser valientes.

Estamos a tiempo. No es tarde para abrir los ojos y ver. Dios no ha creado las fronteras, decía Gandhi. Podemos mirar más allá, echar abajo los límites inventados. Podemos elegir deshacer los muros. Llegamos a tiempo para acoger.

Y no es tarde para encontrarnos, para desvencijar rencillas y reconocer la bondad divina, pero también la imperfecta y próxima. Llegamos a tiempo de agradecer.

A veces, constatamos que llegamos tarde, que no estuvimos a tiempo donde queríamos, que el samaritano que nos habita se retrasa. Reformas tardías, conversiones aplazadas. Alguna vez, lo inmediato desplaza lo importante y el horario descuadra la agenda de la vida, donde Zaqueo apuntó la única tarea importante: alojar al Señor, alojar al que llega.

Pero estamos a tiempo, no es tarde. Mi padre siempre trabaja –decía Jesús– recordando que para su Padre el tiempo son los seres humanos y, con ellos, siempre es posible hacer algo nuevo. Llegamos a tiempo para fichar en su empresa.

Estamos a tiempo, es hora de despertarnos —afirma Pablo. Podemos sacudirnos el sueño que adormece la confianza en el Espíritu. No es tarde, ha llegado la hora –dice Jesús. La hora que introduce en su camino. Llegamos a tiempo para subir a Jerusalén, atravesar Getsemaní y redescubrir la mañana del primer día de la semana.